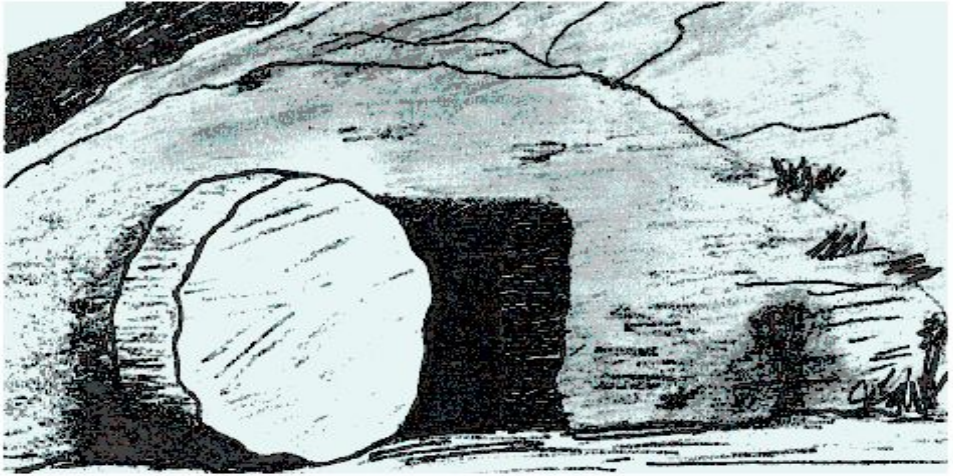
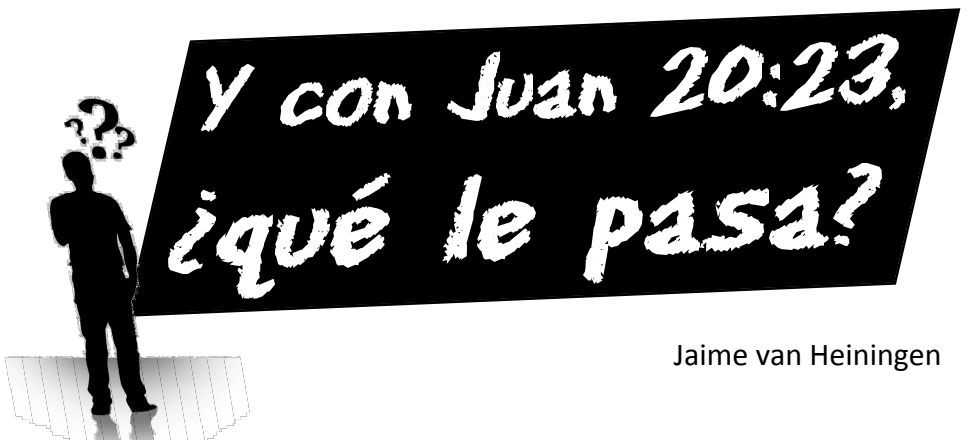


LA TUMBA QUEDÓ VACÍA...



¿QUÉ PASÓ...?



Jaime van Heiningen

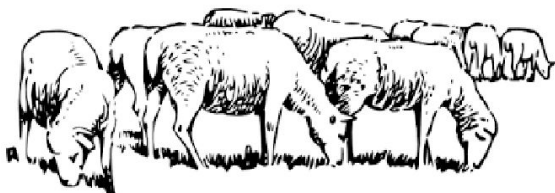
**Apuntes sobre los acontecimientos más maravillosos
de toda la historia humana;
apuntes que, al mismo tiempo, son alertas
acerca del temible «Sembrador de la Noche»,
aquel que no cesa de trabajar
negando, tergiversando y confundiendo.
¡Entérate bien!**

Publicado por PRESSING ON!

Apartado 31,
29700 Vélez-Málaga, España.

pressingonstill@gmail.com

http://ntmu.net/?page_id=1211
*el MENÚ que tiene MUCHO para ofrecerte.
Y todo gratuito.*



CENTRO CRISTIANO
c/ Francisco Jiménez Puertas nº 3,
29700 Vélez-Málaga

¡La Muerte Vencida!



¡Al tercer día, Jesús - el Hijo del Hombre - se levantó de entre los muertos, según las profecías!

(Job 19:25; Salmos 16:9-11; 49:15; 118:22-24; Oseas 6:2; Mateo 12:39-41; 16:21; Juan 2:18-22; 1ª Corintios 15:4).

En esto dejó atrás, no sólo el sepulcro, sino el mismo Hades (es decir, el ‘dominio de la muerte’, o ‘la región de los difuntos’), **derrotando para siempre a Satanás en todos sus designios, y con todas sus legiones, logrando LA NUEVA CREACIÓN.**

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí ¡todas son hechas nuevas!”

(Gn. 3:15; Is. 9:2-7; 53:10-12; Hch. 2:24-36; 13:30-37; 1ª Co. 15:55-57; 2ª Co. 5:15-17; Gál. 6:15; Fil. 2:9-11; Hb. 2:14-15; Ap. 1:18; 5:9-14).

De Adán, es decir, del “Primer Hombre”, desciende cada ser humano, y cada uno, con la excepción de Jesús, heredó de Adán su naturaleza rebelde y pecaminosa (Jer. 17:9). No obstante, Jesús, siendo perfecto y todo, se identificó con Adán (con esa su naturaleza), por lo cual, en 1ª Corintios 15, el apóstol Pablo llama a Jesús **Adán**, a saber, el “**Postrer Adán**”. Por esto también leemos que en Calvario **Jesús fue ‘hecho pecado por nosotros’** (2ª Co. 5:21).

“Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Is. 53:5). Es en la cruz que al ‘Postrer Adán’ se le dio muerte; en otras palabras, en Cristo se dió término a todos los que somos de Adán, o “adámicos”... Sin embargo, entendamos que sólo los verdaderos ‘creyentes-en-Cristo’ somos conscientes de esto, y tenemos este testimonio. Con gozo podemos decir: “Adán, mi ‘viejo hombre’ y ‘yo’, hemos muerto juntamente con Cristo” (Ro. 6:6).

Apareció Primero a María Magdalena (Mr. 16:9; Jn. 20:15-17).

Quien muere no habla más, ¿verdad?, pero quien ha “resucitado con Cristo” puede decir “yo he muerto”. No hay ‘nueva vida’ sin ‘muerte’ previa. Por esto, Cristo terminó con Adán en la cruz, es decir, con todos los “adámicos”. Y se levantó como “**Segundo Hombre** y Señor del cielo”. En *ese* mismo día, comparte la Nueva Vida con todos los que son de Él por fe (1ª Co. 15:45-49). “**Dios que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo..., y juntamente con Él nos resucitó...**” (Ef. 2:4-6).

Es primeramente en una mujer, en una que había sido muy desgraciada y endemoniada, en María Magdalena, en quien despliega **el Segundo Hombre** ese amor y ese poder de su resurrección. Ella, al instante, recibe el encargo de dar testimonio de su experiencia.

Después del encuentro con ella, Jesús “sube a su Padre Dios”, “por encima de todos los cielos para llenarlo todo” (Ef. 4:8-10), y, habiendo llevado “cautiva la cautividad”, se sienta “a la diestra de Dios” (Jn. 20:17; Hb. 10:12). La ‘cautividad llevada cautiva’ es una referencia gozosa a la victoria de Cristo sobre aquel “que tenía **el imperio de la muerte**, esto es, el diablo” (Hb. 2:14-15). Desde la muerte de Abel hasta la del criminal en la cruz, todos los ‘santos’ del Antiguo Testamento, con la posible excepción de Enoc, Moisés y Elías, fueron a parar en aquel ‘departamento’ bendito del ‘Hades’ (o Seol), que por Jesús es llamado, “seno de Abraham” y “paraíso” (Lc. 16 & 23).

Para librar de allí a esa inmensa multitud y para llevarla al reino de los cielos en triunfo, Jesús tuvo que descender primero “a las partes más bajas de la tierra” (Ef. 4). Aunque no tengamos más detalles, lo que, sí, sabemos es que Jesús logró hacerse de “las llaves de la muerte y del Hades”. Así lo dice al apóstol Juan (Ap. 1:18). Ya “las puertas del Hades” quedan eternamente cerradas para todo aquel que tiene la Nueva Vida que Cristo trajo a la luz con su resurrección. Por muy amenazantes que parezcan, el Señor asegura a los suyos - a su **EKKLESIA** universal, edificada sobre la **ROCA** -, que esas puertas “no prevalecerán sobre ella” (Mt. 16), ni en la tierra, ni en el más allá.

Una vez que Cristo se ha sentado a la diestra de Dios, el Padre se dirige al Hijo en estos términos: “**Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy**. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás” (Salmos 2:7-9; Hch. 13:32-33).

En Su Resurrección Cristo Venció el **Hades**

La
E
T
E
R
N
I
D
A
D

Hechos 2:27:

«No dejarás mi alma en el **Hades**, ni permitirás que tu Santo vea corrupción.»

Mateo 16:18:

«Sobre esta **ROCA** edificaré mi iglesia; y las puertas del **Hades** no prevalecerán contra ella.»

El Cielo



Apo. 1:18:

«Estuve muerto; mas he aquí que vivo... Y tengo las llaves de la muerte y del **Hades**.»

La
E
T
E
R
N
I
D
A
D

EL HADES:

el Dominio de la Muerte, o la Región de los Difuntos

DESDE SU TRONO CELESTIAL, JESÚS SE MANIFIESTA A LOS SUYOS

Lo hace durante 40 días; sólo los suyos lo ven (Hch. 1:1-9; 10:40-41).

Después de María Magdalena, Jesús es visto por las otras mujeres, luego por el matrimonio que se dirige a Emaús, pero no por los discípulos, hasta... que le aparece aparte a Pedro (*ver referencia más adelante*).

Juan (el discípulo a quien Jesús amaba) nos cuenta en su evangelio, como él y Pedro corrían juntos a la tumba (Jn. 20). La noticia de que la tumba estuviera vacía los había alarmado. ¿Por qué? Porque hasta ese momento “no habían entendido la Escritura, que era necesario que Él resucitase de los muertos”. Pedro entra en el sepulcro y, desde allí, le comentaría a Juan lo que veía: los lienzos y el sudario del ‘muerto’ dejados atrás, pero colocados y arreglados de tal forma que no cabría pensar en un ‘profanador de sepulcros’; un tipo que primero desnude el cadáver, y, antes de llevárselo, doble cuidadosamente los lienzos y los ponga en dos lugares distintos...

Esto hace que Juan también entre y observe el cuadro. ¿Resultado? ¡Juan cree! No dice qué es lo que ‘creyó’, pero ha de ser obvio. Es el primero de los Doce que cree, y que ahora entiende por fe aquellas profecías y las palabras del mismo Jesús, cuando les aseguraba que en el tercer día resucitaría.

DOS VECES CUARENTA DÍAS

Cuando Jesús fue bautizado, estuvo en el desierto por 40 días, y allí se vio confrontado con el “príncipe del poder del aire”. Jesús estuvo solo en aquellos 40 días de conflicto (Mt. 4, Mr. 1, Lc. 4). Satanás le tienta sobre el ‘terreno’ de su humanidad, ya que es “Hijo del Hombre”. ¿No había logrado así su victoria sobre el primer matrimonio? ¿Y no fue hecho “príncipe del mundo”? Luego, ¿no era su ‘derecho’ exigir sumisión de cualquier ‘hijo de Adán’? Satanás calculó mal, pero su rumbo estaba fijo, aunque por las profecías supiera que el “Hijo del Hombre”, el **Postrer Adán**, le aplastaría la cabeza (Gn. 3:15; Is. 14:9-15; Ez. 28:12-19; Ro. 16:20). **¡Y no** pudo con el Postrer Adán, ni en el desierto, ni cuando, al final, Jesús - ‘incapacitado’ - colgara de una cruz!

Ahora, con su resurrección, comienzan otros 40 días. Si el primer período de 40 días marcó el terrible *conflicto* entre la luz y las tinieblas - conflicto que se prolongaría hasta aquel momento en que suene desde la cruz el “**¡Consumado es!**” -, la segunda cuarentena debió marcar el *triunfo* del Resucitado, es decir, del **Segundo Hombre** sobre Satanás, sobre la muerte y sobre el poder del pecado.

Los mismos mensajeros celestiales que vinieron y le ‘sirvieron’ en el desierto, ahora no sólo inauguran este nuevo período de 40 días, lo concluyen también (Mt. 28:1-7; Hch. 1:9-11).

Su Resurrección es en ‘Cuerpo’ (Jn. 2:18-22).

Al manifestarse entre los suyos, deja asentado de una vez para siempre ¡que **no** se trata de una aparición **incorpórea** o **metafísica**, como aquella que viera el rey Saul en la aparición de Samuel, tampoco es mera **ilusión!**

Les dice: “Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque **un espíritu no tiene carne ni huesos**, como veis que yo tengo. Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies” (Lc. 24:36-42).

“Carne y sangre (*características del viejo cuerpo humano*) no heredan el reino de Dios” (1ª Cor. 15:50); pero Jesús no les habla del cuerpo viejo, sino del resucitado. Lo hace en términos de “carne y huesos”, dándoles demostración de su realidad palpable. En el cuerpo resucitado ya no corre la sangre; Jesús la había derramado toda en Calvario; y no fue resucitada. Su cuerpo de resurrección, aunque pudiera parecer limitado, es “cuerpo espiritual” y “cuerpo de gloria”. No hay obstáculos como paredes, distancia o tiempo que le puedan limitar o detener (1ª Cor. 15:43-44; Fil. 3:21). ¡Somos de este “Otro”; ‘habéis muerto.., para que seáis de **otro**, del que resucitó de los muertos’” (Ro. 7:4)!

EL PODER Y EL ALCANCE DE LA RESURRECCIÓN DEL HIJO DE DIOS

En Mateo 28, el ángel remueve la piedra (sellada y muy grande) de la entrada de la tumba, y se sienta encima. ¿En qué momento hizo esto y con qué propósito? Por supuesto no lo hizo para que *saliera* Jesús. El ángel actuó cuando Jesús YA había salido. Jesús, como el Segundo Hombre, no necesitó ayuda de nadie para salir. Pero las mujeres y los discípulos, sí, necesitaban una entrada libre, que permitiera entrar, ver y sacar conclusiones.

Jesús había dicho: “Por eso me ama el Padre, porque Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que Yo de mí mismo la pongo. **Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar**” (Jn. 10:17-18). Y a Marta: “**Yo soy la resurrección y la vida**; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Jn.11).

Las inmensas bendiciones que nos trajo su Resurrección:

‘Vida’	(Jn. 11:25; Ro. 6:4-5; Ef. 2:5);
‘mandato de discipular’	(Mt. 28:19-20);
‘mandato de predicar’	(Mr. 16:15; Lc. 24:46-48; Jn. 20:21-23; Hch. 10:40-42);
‘mandato de pastorear el rebaño’	(Jn. 21:14-17);
‘poder’	(Hch. 1:8; Fil. 3:10);
‘testimonio’, ‘promesa del Espíritu Santo’	(Lc. 24:48-49; Jn. 20:21-23; Hch. 1:4, 8; 2:32-33);
‘señorío de Cristo’	(Hch. 2:30; Ro. 14:9);
‘bendición’	(Hch. 3:26);
‘salvación’	(Hch. 4:11-12);
‘arrepentimiento’, ‘perdón de pecados’	(Hch. 5:30-31);
‘juicio’	(Hch. 10:40-42);
‘misericordia’, ‘justificación’	(Hch. 13:34-39);
‘vivificación del cuerpo mortal’	(Ro. 8:11);
‘victoria’	(Ro. 8:34-37; 1ª Cor. 15:51-52);
‘resurrección’	(1ª Cor. 15:20-23; 2ª Cor. 4:14; Ef. 2:6);
‘transformación’	(1ª Cor. 15:53-57);
‘ciudadanía celestial’	(Fil. 3:20-21);
‘arrebataimiento’	(1ª Tes. 4:14-17);
‘aptitud para toda buena obra’	(Hb. 13:20-21);
‘renacimiento para esperanza viva’	(1ª P. 1:3, 21);
‘reinado’, ‘sacerdocio’	(Ap. 1:5-6; 2:26-27; 3:21).

EL RESUCITADO APARECE (según los Evangelios, Hechos y 1ª Corintios)

Son varios los testimonios que nos describen hasta diez ocasiones en que el Señor Jesucristo, el Resucitado, aparece a sus discípulos, es decir, en los cuarenta días entre el domingo de su Resurrección y el día de su Ascensión.

Son estas apariciones:

1º: **a María Magdalena** (Jn. 20:1-18; Mr. 16:9).

2º: **a las demás mujeres** (Mt. 28:1-10, *con Lc. 24:1-10*).

3º: **al matrimonio de Emaús** (Lc. 24:13-31; Mr. 16:12).

4º: **a Pedro** (Lc. 24:34; 1ª Cor. 15:5).

5º: **a los discípulos**, en Jerusalén (Lc. 24:36-49;
Jn. 20:19-23; Mr. 16:14-15; 1ª Co. 15:5).

6º: **a los discípulos, inclusive Tomás** (Jn. 20:24-29).

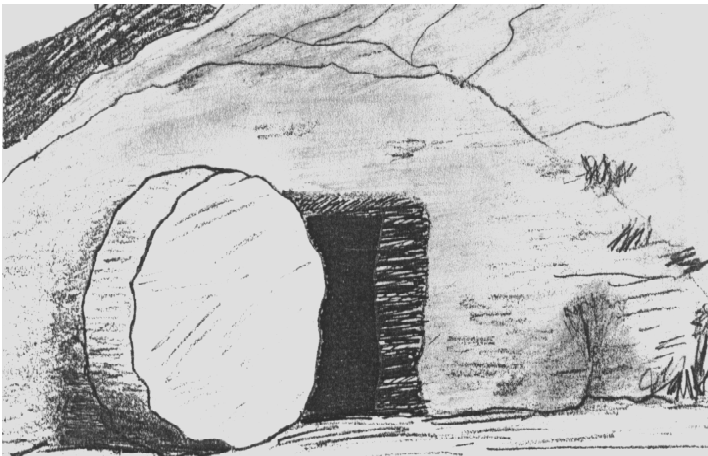
7º: **a los siete discípulos**, en Galilea (Jn. 21:1-22).
Era la 3ª vez para el grupo de discípulos.

8º: **a los discípulos, con más de 500 hermanos**, en Galilea
(Mt. 28:16-20; 1ª Cor. 15:6).

9º: **a Jacobo** (1ª Cor. 15:7). Este bien pudiera ser, no el discípulo, sino el hermano de Jesús (Mt. 13:55, Hch. 12:17; 15:13; 21:18; Gál. 1:19; 2:9; Jd. 1; Stg. 1:1).

10º: **a los discípulos**, en Judea (Lc. 24:50-53; Mr. 16:19; Hch. 1:3-9).

Las primeras cinco apariciones ocurrieron todas en el mismo día de la resurrección.



Tan sólo en el Evangelio de Marcos, Jesús anuncia cinco veces que después de su muerte **resucitaría**: capítulos 8, 9 (2x), 10 y 14.

¿SÁBADO O DOMINGO?

Es muy notable y de gran importancia observar que el Resucitado Jesús NO reanuda sus asistencias a las sinagogas en día sábado. En el primer sábado después de la resurrección NO aparece, pero en el domingo que le sigue, igual como en el domingo de resurrección, no sólo aparece, sino que se reúne con los suyos. Es en Juan 21 donde el apóstol recuerda, específicamente, las apariciones hechas al grupo de discípulos hasta este momento. Afirmo que - allí junto al lago de Tiberias - “era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos”. La primera y la segunda cayeron en domingo (Juan 20); con que en el sábado entre los dos domingos, ni apareció, ni se reunió con los suyos. La tercera manifestación al grupo tampoco caería en sábado, ya que en sábado los discípulos no habrían ido a pescar.

Diez días después de la ascensión de Jesús, en el día de Pentecostés, el Espíritu Santo desciende - es derramado - sobre el grupo de unos 120 discípulos que consiste de varones y mujeres, y los llena con su presencia. Nunca más los dejaría a aquellos que habían sido redimidos por la sangre del Cordero.

Nació la **EKKLESIA DEL SEÑOR** (Hch. 2 & 20:28). ¿En qué día de la semana? Pentecostés siempre cae en el primer día de la semana. Y, a partir de ese gran día en que vino el Espíritu Santo, los creyentes comenzaron a decir “domingo”, que significa Día del Señor (y día de celebración). Así decía la profecía de David:

“La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. De parte del SEÑOR es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos. Este es el día que hizo EL SEÑOR; nos gozaremos y alegraremos en él” (S. 118:22-24).

Seis días necesitó el Verbo para crear “todas las cosas” (Jn. 1:3) y ‘descansó’ en el séptimo. Génesis 1 afirma que Adán fue creado en el sexto día (viernes). No es coincidencia que el ‘Postrer Adán’ *muera* en viernes. Al exclamar “¡Consumado es!”, Cristo, el Creador, dio a entender varias cosas, una de ellas, que su vieja creación había pasado, que ahora saldría la “Nueva Creación”. **“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”** (2ª Cor. 5:17). La Nueva Creación se centra en el “Cordero de Dios” (Ap. 5): en el Segundo Hombre. Todo quedó completo en CRISTO en ese primer **DÍA DEL SEÑOR**, el día celebrado por los cristianos.

“Porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en Él...” (Col. 2:9-10).

LA GRAN PROMESA

Volviendo al tema del Espíritu Santo, debemos notar que los profetas ya habían anunciado repetidamente la venida del Espíritu Santo. Pedro, p.e., cita la profecía de Joel en Hechos 2:16-18. Juan el Bautista es el último de los profetas de la época del Antiguo Testamento, y cada evangelio le cita en cuanto al bautismo **con** el Espíritu. Jesús también, en Hechos 1:5, hace referencia a lo de Juan el Bautista, pero ya antes, en Juan 14-16, Jesús había personalizado la gran promesa de “El Consolador, el Espíritu de verdad”. Sólo faltaba un elemento ‘dramatizante’. Después de la resurrección llega este momento.

En Cristo, el ‘Postrer Adán’ quedó crucificado y sepultado. Ahora resucitado, y rodeado por sus discípulos, Cristo, el Creador, los ve a ellos como el “polvo de la tierra” de Génesis 2. ¿No era del barro (o de la ‘arcilla’) que el Gran Alfarero formara al Primer Adán? ¿Y no estuvo ahora el mismo Alfarero trabajando y moldeando este nuevo ‘barro’ durante tres años, y con sumo cuidado e inmensa paciencia? Pues, ya estaba todo hecho: el Segundo Hombre ha sido formado en sus discípulos, sólo falta el **soplo de vida**. Y así, como en la vieja creación (Gn. 2:7) - ahora también en la Nueva - el mismo Creador, con “el Espíritu de vida en Cristo Jesús”, sopla sobre lo que acaba de formar. Juan escribe: “Sopló, y les dijo: ‘**Recibid el Espíritu Santo**’” (Jn. 20:22; Ro. 8:2). La expresión griega para “Espíritu Santo” es la misma que se usa para “Viento Santo” o “Soplo Santo”. Lo que Jesús había venido prometiendo acerca de la venida del Espíritu Santo, lo dramatiza en este momento en que sus discípulos son identificados con el **Segundo, o el Nuevo Hombre**.

¿Estaría Nicodemo entre ellos? Si estuvo, entonces captaría tanto mejor lo que Jesús le estuvo enseñando en aquella noche de Juan 3 sobre el Santo Viento. Quien definitivamente *no* estuvo era Tomás... ¿Significa esto que Tomás estuviera privado del Espíritu Santo? De ninguna manera. En tal caso, ninguno de los incontables discípulos de Cristo, de muchos siglos - que tampoco estuvieron - podrían, o podríamos, tener al Espíritu de Cristo.

Es *por* el ‘Espíritu de vida’ que el creyente nace de nuevo, crece y lleva fruto. *Por* el Espíritu es hecho ‘miembro’, tanto del “cuerpo de Cristo”, como “de la familia de Dios” (1ª Cor. 12:12-13, 27; Ef. 2:18-19).

“En [Cristo] también vosotros, **habiendo oído** la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y **habiendo creído** en él, **fuisteis sellados** con el Espíritu Santo de la promesa...” (Ef. 1:13-14).

El soplo de Jesús era un sencillo anticipo del “viento recio” que soplaría en el día de Pentecostés. Ese ‘viento’, hasta el día de hoy, alcanza, toca, llena y transforma aquellas vidas arrepentidas que se entregan al **SEÑOR DE LA VIDA**.

LA TERRIBLE CIZAÑA

Satanás, entre otras descripciones, es caracterizado por Jesús como “un enemigo que viene sembrando cizaña entre el trigo, *mientras duermen los hombres*” (Mt. 13).

En cada evangelio, y en Hechos 1, queda sembrado lo que podría llamarse la ‘buena semilla del trigo’, a saber, el mandato y las instrucciones del **Resucitado Señor** a sus discípulos. Las órdenes son de ir a comunicar y compartir en todo el mundo la Buena Noticia de perdón, salvación y Nueva Vida. Esa ‘gran comisión’ incluía además el mandato de bautizar a los que recibieran ya nueva vida, es decir, a los que **ya** fueran *discípulos de Cristo*, aunque necesitados de más enseñanza (Mt. 28:18-20).

Con que, el Resucitado aplica los últimos toques a su preparación, capacitándolos para ser victoriosos en el gran conflicto, y para cosechar mucho fruto. Pero ¿y el Maligno? Esa “vieja serpiente” ¿no estaría ya tramando una cosecha muy diferente, cosecha de cizaña, pero sembrada ‘de noche’...?

Ya en el tiempo de los apóstoles, empiezan a infiltrarse, y a tolerarse ciertas doctrinas y prácticas nada apostólicas. Juan y otros apóstoles dan claras enseñanzas al respecto; también el mismo Señor en sus siete cartas de Apocalipsis. Pero la “levadura” - para citar de otra parábola en Mateo 13 - hace su trabajo. A escondidas, lo fermenta todo...

Al morir el apóstol Juan, a fines del primer siglo, ahí los nuevos conceptos - con sus nuevos términos - de “clero” y “clérigos”, son introducidos (cf. 3ª Jn. 9-10). Indican una ‘casta’ sagrada y privilegiada entre los “laicos”. Ya, sin la presencia de un ‘clérigo’, una congregación *no* puede funcionar... La idea pronto gana mucho terreno, dejando abierta una tremenda brecha en el ‘edificio’ de la sana doctrina apostólica. Provee un desvío, no sólo ‘conveniente’, sino atrayente, aunque **muy** torcido, en el camino del Maestro. ¿Quién está detrás de tales innovaciones, sino “el enemigo”? Las semillas de lo que hoy llamamos el “sacerdotalismo” estaban arraigándose; una cizaña de fruto abundante.

De la mano del ‘**sacerdotalismo**’ va el ‘**sacramentalismo**’. Es otra ‘mala hierba’ que empezó a arraigarse. En el siglo 12, ya estaban los “siete sacramentos” configurados. ¡Ya, sin ‘sacramento’, Dios no confiere su ‘gracia’...! ¿Qué nos dice la Palabra de Dios? La Biblia sólo habla de dos ordenanzas de Cristo: el bautismo del creyente y “el partimiento del pan”, llamado también “Cena del Señor”. No existe ningún concepto de “sacramento”, ni mucho menos un “sacramento (imprescindible) que confiera la gracia de Dios”.

SIETE SACRAMENTOS EVOCADOS POR ROMA

Los siguientes dibujos católicos dan a entender, gráficamente, como el ‘cura’ (el sacerdote), a través de los ‘sacramentos’, **todo** lo domina. Él no es más que otro pecador, pero controla la vida del ‘feligrés’, desde la cuna hasta la tumba. Jesús decía a los sacerdotes de su día: **“¡Ay de vosotros ..., porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando!”** (Mt. 23:13).



¿Quién Da Absolución?

“Jesús les dijo otra vez: ‘Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también Yo os envío’. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: ‘Recibid el Espíritu Santo. **A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos**’” (Jn. 20:21-23).

Como ya se notó, estas palabras de Jesús en el Día de la Resurrección, puedan, a primera vista, parecer algo enigmáticas. Y, por cierto, “el enemigo sembrador de la cizaña” logró torcerlas habilmente, es decir, una vez que Juan las tuviera escritas en el Evangelio que lleva su nombre. Fueron torcidas, primero en las mentes, y luego en las enseñanzas de algunos lectores. El apóstol Pedro (en 2ª Pedro 3:16) advierte que “los indoctos e inconstantes tuercen” las epístolas (del apóstol Pablo), **“como también las otras Escrituras”**...

CONCILIOS, CONFESORES Y CONFUSIONES

La Iglesia de Roma, y según su concilio de Trento (siglo 16), mantiene que Cristo en sus palabras de Juan 20:23, instituyera el Sacramento de la Penitencia (que es el de la confesión), y que por él, el sacerdote puede y debe ‘remitir’ al pecador sus pecados o ‘retenérselos’. Sobre la “remisión” (la que suelen llamar ‘absolución’), dicen en la *Encyclopedia Católica Online*:

“Absolución propiamente es el acto del sacerdote por medio del cual, en el Sacramento de la Penitencia, libera al hombre del pecado”.

Hay más: Al ser obvio que **sólo** Cristo tiene la autoridad de remitir o retener el pecado, el sacerdote (en la mente de ellos) no puede ser menos que el mismo Cristo, por lo que inventaron el título de “**alter Christus**” (“otro Cristo”). Es decir, en este acto ya no es mero hombre, ¡es otro Cristo...! Y esto pese a lo que advierte Pablo sobre quienes prediquen a “otro Jesús” (2ª Cor. 11:4).

Del concilio de Trento salió una larga lista de ‘anatemias’ que maldicen, hasta el día de hoy, a los ‘herejes protestantes’. El siguiente es un ejemplo:

“Si alguno dijere que la confesión sacramental... no es necesaria para la salvación por derecho divino... sea anatema”.

¿Pero qué encontramos en la Palabra de Dios?

Hay en el Nuevo Testamento un total de cinco versículos que mencionan el ‘confesar los pecados’. Son los siguientes: Mt. 3:6; Mr. 1:5; Hch. 19:18; Stg. 5:16 y 1ª Jn. 1:8-9. Leyendo y releendo aquellos pasajes, ¿qué descubrimos? Que cualquier ‘sacerdote’ **brilla por su ausencia**.

Descubrimos además que en cuatro de ellos los ‘pecadores’ están rodeados de otros ‘pecadores’. Además, en estos cuatro pasajes, nadie se confiesa en privado o en secreto. Lo hacen públicamente y - en los primeros dos - antes de ser bautizados en el Río Jordán por Juan el Bautista. En pasajes 3 y 4 se trata de creyentes bautizados que confiesan sus pecados y sus faltas **los unos a los otros**. Santiago enfatiza que el confesarse las ofensas, unos a otros, vaya acompañado de la oración de unos por otros.

El quinto pasaje dice: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. **Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad**” (1ª Juan 1:8-9).

Todo el capítulo nos transporta a la presencia de Dios. “**Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él**” (5). Es Él quien nos hace conscientes de nuestro pecado. Se lo confesamos directamente a Él. ¡Y es Él quien oye la sincera confesión y quien también nos limpia, y nos vuelve a limpiar, de toda maldad!

CINCO CONSIDERACIONES

El escudriñador cuidadoso de la Palabra, al tener en cuenta las siguientes consideraciones, ha de descartar por completo cualquier noción de ‘sacerdocio’ institucional y cualquier idea de ‘sacramento’, y por supuesto, de ‘confesionario’:

1) Del bautismo al confesionario

Para los de Roma, las palabras de Jesús (en Juan 20:23) van dirigidas a los apóstoles **Y a sus sucesores (los obispos y sacerdotes)**, y, según dicen, lo de ‘remitir o retener el pecado’ tiene todo que ver con el ‘bautismo’. De hecho, ese bautismo - en la inmensa mayoría de casos - no es más que un chorrito de agua vertida en la cabecita de un bebé. Pero para Roma, es un ‘sacramento’ que confiere el ‘nuevo nacimiento’, y hace del bebé un ‘cristiano’.

Ahora, en la práctica, ¿qué resulta de semejante ‘bautismo’? Resulta que los curas, a partir de la “primera comunión”, tienen a su cargo muchos millones de feligreses que, aunque supuestamente “bautizados y renacidos”, no tienen idea de lo que es la salvación del pecado (por fe en Cristo), ni conocen la seguridad en Cristo del creyente. Y los mismos curas están así; no tienen idea...

Un elocuente y terrible síntoma de este estado de cosas, lo encontramos en los interminables casos que han salido a la luz, en TODO el mundo, durante los últimos 30 años - casos que se siguen reproduciendo - de la insaciable pederastia de gran parte del clero. Violan a sus monaguillos, a huérfanos, a escolares de la educación católica, a niños recién ‘confesados’, etc., etc. Todo está ampliamente documentado en Internet para quien quiere informarse. Hasta cardenales hay que están involucrados...

Es un escenario denunciado apasionadamente por el apóstol Pablo, es decir, esa manera de vivir - en un mundo corrompido - de los religiosos que se tienen por ‘cristianos’. Dice el apóstol: “Qué **ya no** andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente... por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, **se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza...**

Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros... Porque sabéis esto, que **ningún fornicario, o inmundo...** tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios... No seáis, pues, partícipes con ellos..., porque **vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto**” (Éfeso 4 y 5).

Todo esto ocurre, invariablemente, cuando la **RESURRECCIÓN DE CRISTO** no sea más que “asunto doctrinal”; cuando el mismo Resucitado no sea experiencia propia; no sea el vivo Manantial del ‘creyente’. Es decir, cuando la ‘iglesia’ o el feligrés se contente con una patética caricatura..., llamada ‘Religión’.

En la Biblia - en Apocalipsis 17 - encontramos una descripción gráfica de ‘Roma’, grabada por otro apóstol. Es imposible no reconocer a la Iglesia Romana - tal

como ha evolucionado a través de los siglos: “Te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación. Y... vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia... Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación...” (Ap.17).

Como respuesta a todo este horrible escenario, Roma produce el ‘confesionario’. Aunque el cura ‘confesor’ no sea más que otro pecador más, quien tampoco tiene ninguna seguridad de salvación propia, él se cree un ‘alter Christus’. Pero, como pecador falible, si quiere enterarse de los pecados ajenos, no tiene más remedio que escuchar atentamente lo que el ‘penitente’ le cuente acerca de sus pecados. **El verdadero Cristo de la Palabra**, sin embargo, no necesita que le cuenten nada, Él ya lo sabe TODO. El pasaje de la pecadora samaritana en Juan 4:17-19 y 29, por ejemplo, nos muestra esto de forma elocuente. Es **Él** quien le muestra a ella lo podrido de su vida.

Cuando el cura sospecha que el ‘penitente’ le oculte algo, ¿cómo se lo saca? Para esto el clero superior facilita al cura un manual en latín con muchas sugerencias. Las que destacan, son las preguntas indecentes e impúdicas que el cura debe dirigir a chicas jóvenes y a las demás mujeres, sean casadas o solteras. Y ellas, ***profundamente molestas o escandalizadas***, tienen que contestar...

Para el lector normal de Juan 20 suele ser obvio que el Resucitado Señor no hable exactamente acerca de gente ‘bautizada y renacida’, y menos aún de un confesionario. Una y otra vez, Jesús menciona “las naciones” (p.e. en Lucas 24:47: el vs. que corresponde con Juan 20:23). La luz del Evangelio debe penetrar en la oscuridad: “**Como me envió el Padre, así Yo os envío**”. La comisión de los “testigos de Cristo” es llevar el Evangelio “hasta lo último de la tierra” (Hch. 1:8). En esto siempre **ofrecen el perdón**, pero no son ellos los que perdonan; **advierten de la perdición eterna**, pero no son ellos los que efectúan una condenación. ¡No son “sacerdotes”, ni “alter Christus”, ni “confesores”; son simples “**testigos de Cristo**”, pero auténticos (Hch. 4:11-12, 31-33)!

2) **La conjugación de Juan 20:23 con Lucas 24 y Hechos de los Apóstoles.**

Ha de ser obvio que las palabras citadas de Jesús por Juan no son completas, ya que en Lucas encontramos otras más, pronunciadas al mismo tiempo: “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y **que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados** en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas. He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (Lc. 24:46-49).

Este pasaje aclara que la predicación en el nombre de Cristo - de su muerte y resurrección - produce primero arrepentimiento (sin sacerdote, sin confesionario y sin penitencia impuesta). Y que el auténtico arrepentimiento siempre produce un auténtico perdón. Viene de Dios directamente y es obrado en el corazón y en la conciencia del pecador por el Espíritu Santo (Juan 20:22).

Lo importante sería averiguar cómo entendieran los discípulos las palabras del Señor resucitado. Tal averiguación es muy sencilla. Sólo hay que analizar los “hechos” de los apóstoles (y demás discípulos) en el libro de Hechos. Se verá que no hay rasgos, ni de sacerdotalismo, ni de sacramentalismo.

Luego, ya al final de Hechos, en 26:18, Pablo cuenta como el Señor le hizo apóstol, enviándole a los ‘gentiles’. Él también es encargado con la misma comisión, a saber: “que reciban, por la fe que es en mí, **perdón de pecados**”. ¡Sin sacramento, sin sacerdocio romano, y sin confesionario (1ª Cor. 15:11)!

3) La universalidad

¿A quiénes iban dirigidas las palabras del resucitado Jesús? Dijo: “Como me envió el Padre, así también **yo os envío**”. ¿Lo dijo sólo a los Doce? Por su oración en Juan 17, queda claro que, aparte de los Doce, se dirige igualmente a los otros que están presentes, como las mujeres y el matrimonio de Emaús. Jesús incluye en esta misión incluso a las futuras generaciones de creyentes (Jn. 17:20-26).

El grupo reunido en Hechos 1 es sustancialmente el mismo de Juan 20, y no consta de sólo 12 apóstoles, más bien “los reunidos eran como 120 en número”. A continuación, en Hechos 2, “fueron **todos** llenos del Espíritu Santo”. Los vss. 17-18 no podrían ser más explícitos en cuanto a la universalidad de la **misión**, del **mensaje** y del **ministerio**. La ‘EKKLESIA’ entera - es decir, el “cuerpo de Cristo” - es enviada al ‘mundo’. Hechos 11:19-24 nos da un maravilloso ejemplo de tal ministerio universal. Los Doce apóstoles son ‘cabeza de lanza’, y ellos ponen “el fundamento” (Hch. 2:42; Ef. 2:20). ¡**Nadie más!** Pero no hay auténtico creyente en Cristo que no tenga **la responsabilidad de ‘testificar’**.

4) ¿Hay sucesores?

La Iglesia de Roma necesita para su supervivencia, y para que funcione su sistema, un ‘sacerdocio institucionalizado’, cuyas raíces parezcan ser ‘apostólicas’. En los primeros siglos surgió la idea de que los ‘obispos’ sean los ‘sucesores’ de los Doce Apóstoles, constituyendo ellos a su vez a los sacerdotes. Es un sistema ajeno al Nuevo Testamento. Los Doce Apóstoles son únicos (Apo. 21:14). Pablo es añadido como ‘apóstol-de-los-gentiles’. Pero ni él, o Bernabé, Tito, Timoteo, Silas, **ninguno** es hecho “sucesor”, ‘obispo’, ‘sacerdote’, o ‘confesor’. Recién en Hechos 20 encontramos la palabra “obispos”. Es griego, y significa ‘sobrevedores’ o ‘vigilantes’. Pablo, dirigiéndose a los ‘ancianos’ de Éfeso, los llama ‘obispos’, es decir, los ancianos que miran por el ‘rebaño’ y lo ‘apacientan’. De “sucesión” ni una palabra, ni de ‘sacerdotes’, ni de confesionarios.

5) Las llaves

Los de Roma mantienen que el apóstol Pedro fuera “Obispo de Roma”, “la roca sobre la que es edificada la iglesia”, el “Vicario de Cristo” que tiene “las llaves”, el primer “papa”, etc. Esas ‘llaves’, dicen, simbolizan su autoridad divina, incluso para abrir o cerrar el acceso al cielo, todo teniendo que ver con ese asunto de ‘remitir o retener’ los pecados. Se concluye que “al ser los papas los ‘sucesores’ de Pedro, estos, con su jerarquía, ejerzan la misma autoridad en el día de hoy, autoridad que incluye el abrir o cerrar las puertas del cielo...”

Jesús había dicho: “**A ti te daré las llaves del reino de los cielos**” (Mt. 16:19). ¿Significa esto que TODOS deben someterse al papa, y su sistema sacerdotal? ¿Y que NADIE puede ir al cielo si sus pecados no son ‘absueltos’ por un cura?

En Hechos 1:8, Jesús, el Resucitado, dijo a los 120: “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y **me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.**” En otras palabras, la ‘gran comisión’ era la proclamación del Evangelio a las tres secciones de la humanidad: **1) a judíos, 2) a samaritanos, y 3) a gentiles.**

En Juan 10 Jesús dijo: “**Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo**”. Para esto vino el Espíritu Santo, el único que puede abrir los ojos de los perdidos para que vean su perdición, y descubran que **la puerta del Reino** está abierta. En los tres grupos de la humanidad se necesitaba esta revelación. Si Dios soberano no revela que en Cristo la puerta está abierta, ningún perdido, de cualquiera de las tres secciones de la humanidad, puede ser salvo. De esto tratan las ‘llaves’ que el Señor dio a Pedro. A través de él, esta revelación se tenía que dar, y se dio.

Así, en Hechos **2**, vemos que al predicar Pedro, **entran** los judíos. Y, desde entonces, los judíos siguen entrando, unas veces más, otras veces menos; la puerta quedó abierta. Para los samaritanos (en el cap. **8**) era Felipe (el ex-diácono) a quien Dios usó, pero, aun así, era Pedro quien tuvo que acudir (con Juan) para que el Espíritu Santo completara esa obra en los samaritanos. Y en el tercer caso (en el cap. **10**), son los gentiles en Cesarea, militares romanos, quienes reciben el Evangelio por boca de Pedro. Se convierten y entran por la puerta abierta; el Espíritu Santo es su Guía. Hasta hoy la puerta queda abierta para todos los gentiles (Hch. 14:27). Pedro usó las ‘llaves’, y nunca más las necesitó, ni él, ni ningún ‘sucesor’. Llegó Juan al cielo, ¿y qué vio primero? Vio **la puerta abierta** (Ap. 4:1).

En Juan 21, después del desayuno con sus siete discípulos, el Señor conversa con Pedro mientras el grupo pasea, quizás por la misma orilla del Lago de Tiberias, pero no se mencionan las ‘llaves’ en ningún momento, ni se dice nada sobre abrir o cerrar el cielo. Jesús sólo le manda **apacentar y pastorear** el rebaño...

De 1ª Pedro 5:1-4 entendemos que Pedro fue fiel en este cometido. Pero el Señor tiene algo más para conversar, a saber, los temas de persecución y muerte para sus siervos. También surge el tema de las relaciones entre ellos mismos.

Formando equipo

Andrés, Juan y Simón Pedro eran los primeros tres discípulos de Jesús (Juan 1). Al ser discípulos de Cristo, con los otros nueve y durante más de tres años, se llegarían a conocer mucho mejor (con ‘verrugas’ y todo, como aquel que dice). Pero es al final, en Lucas 22:8, que el Señor envía a Pedro y Juan juntos en una misión muy especial: la de preparar la última ‘pascua’. ¿Qué no habrán conversado los dos en esta ocasión? Ya sabían que Jesús era “el Cordero de Dios”; ¿se darían cuenta también que Él era el único y verdadero Cordero de la Pascua?

Esa tarde, en la misma comida, Pedro da señas a Juan para que averigüe quien de ellos vaya a ‘entregar’ al Maestro (Jn. 13:23-24). Pedro y Juan se estaban ya entendiendo muy bien.

Más tarde esa noche, ocurre la ‘entrega’ por parte de Judas, y cuando Jesús es llevado a casa de Anás, Pedro y Juan siguen, ningún discípulo más (Jn. 18). La triste negación de Pedro no le separa del amor de su Señor, ni de la amistad de Juan. En el 19 está Juan al pie de la cruz con las mujeres; de Pedro no hay señal.

Esto cambia en el 20. Es la madrugada del Día de la Resurrección y encontramos a María Magdalena corriendo para avisar a Pedro y Juan que el sepulcro está abierto y vacío... Con que, ellos, a su vez, corren al sepulcro y, aunque Juan llegue antes, es Pedro quien entra. Desde fuera, Juan escucha la descripción que Pedro le da acerca de los lienzos, donde, y de qué manera, están colocados. Esto hace que Juan también entra. Hasta este momento ningún discípulo se ha acordado de las profecías de la resurrección, ni de las alusiones que Jesús hacía a Jonás - el profeta que reapareció en el tercer día.

¡Pero ahora sí! **Juan cree**, no sólo en el nacimiento del Mesías, en sus milagros, en su amor, en su muerte, sino también en su resurrección. Cuando Pedro y él regresan a Jerusalén, nos podemos imaginar como se detienen en el camino, una y otra vez, discutiendo, pero Juan no logra convencer a Pedro. Es probable que Pedro usara el mismo argumento que después usaría Tomás...

Por ahora Juan es el único de los apóstoles que ha ‘creído’, y que luego ‘vería’. Sin embargo, esa misma noche, el Señor le da a Pedro aquel privilegio que más tarde daría a Tomás, el privilegio de ver primero y luego creer. Simón Pedro es el primero de los Doce quien ve al Resucitado (Lc. 24:34). Algo más tarde el Señor aparece a todos, aunque todavía sin Tomás (Lc. 24:36-49; Jn. 20:19-24).

En Juan 21, la tan pesada noche de los siete discípulos en el lago está tocando a su fin. De repente, en la tenue luz del amanecer, se oye una voz desde la orilla. Un ‘forastero’ da instrucciones sobre echar de nuevo la red. Cuando esta se llena de grandes peces, Juan cae en la cuenta de **quien** es el ‘forastero’, y le dice a Pedro: “¡Es el Señor!” Pedro salta al agua... Es cierto, Pedro y Juan se están entendiendo cada vez mejor... Sin embargo, ¡algo crucial falta todavía!

La Piedra Angular

Cuando, después de aquel desayuno tan especial, el Señor pasea con los siete, Él conversa especialmente con “Simón, hijo de Jonás”. Obviamente, el padre de Simón no era Jonás el profeta, sino otro Jonás. Pero, bien puede ser que Jesús le llamara así tres veces para subrayar que, tal como Jonás era ‘profeta fracasado’ (y re-encaminado), ¡así Dios puede reencaminar a Simón, el apóstol fracasado!

Jesús le pregunta a Simón por su amor, tres veces. ¿Pedro no le había negado tres veces? Y cada vez Jesús le habla sobre su gran responsabilidad en cuanto al “rebaño”. También le explica que tendrá que encarar persecución y muerte. Pero, para glorificar a Dios - en vida o en muerte -, lo único es **seguirle**.

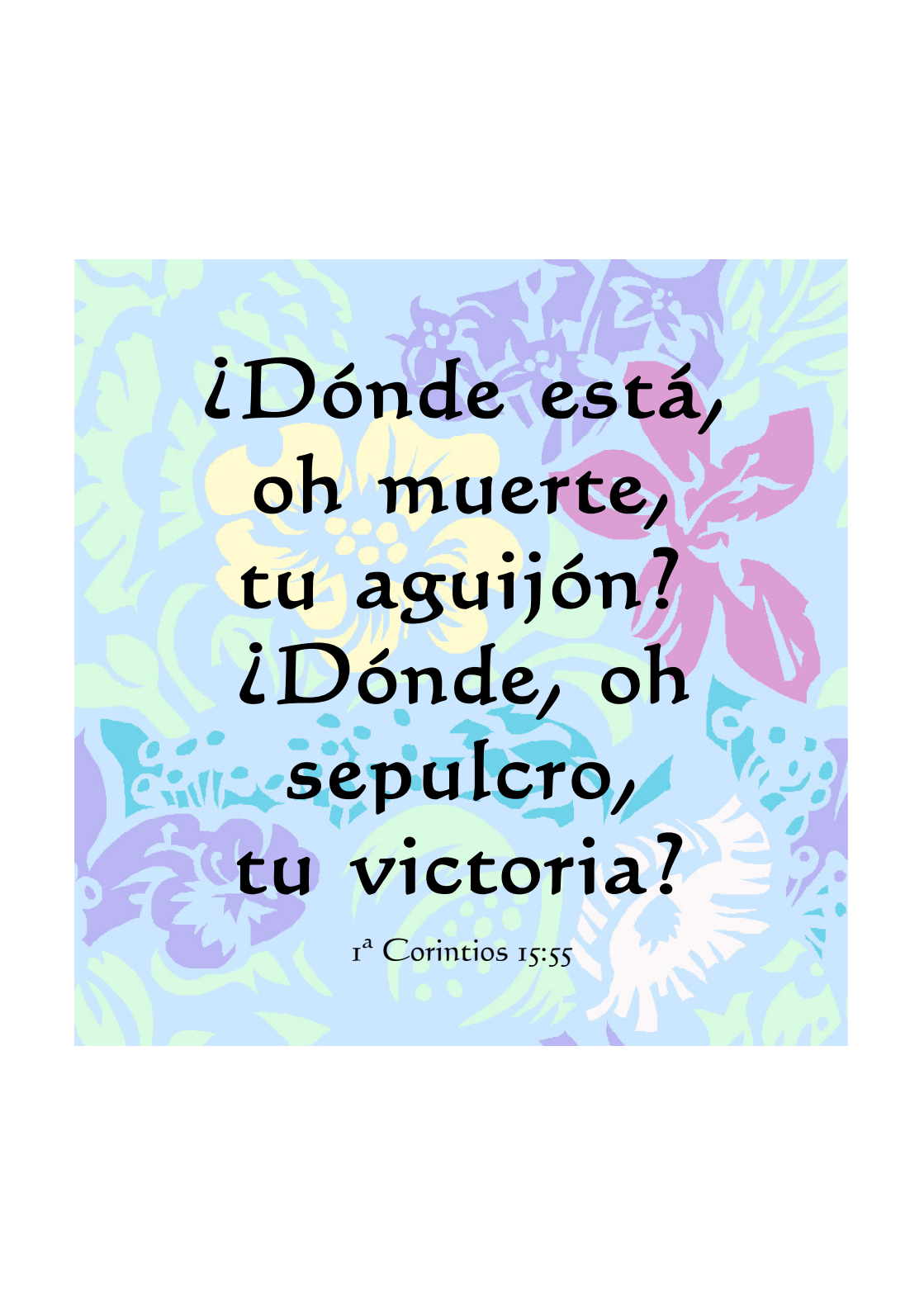
En esto Pedro se acuerda de Juan. Dándose media vuelta y viéndole, pregunta: “Señor, ¿y qué de este?” No lo dijo Pedro por Tomás, o Jacobo, o Natanael. Está pensando en servir y sufrir **junto con Juan**. Y, de veras, ¿no se complementarían de forma admirable? El Señor no lo niega, pero ¡hay una cosa que ‘colaboradores’ en el Evangelio siempre necesitan entender!

¡No se puede construir casa sin ‘piedra angular’! Ni a nivel de matrimonio u hogar, ni de ‘EKKLESIA’, ni formando equipo para servir al Señor en evangelización o consolidación. Dice el Señor a Pedro que deje de fijarse en Juan; que Juan **no** es elemento imprescindible. **¡Sólo el Resucitado - la Piedra Angular - es imprescindible!** Lo es para Pedro - el ‘precipitado’ - y lo es para Juan - el ‘precavido’ - y así para *cada* verdadero discípulo suyo. **Todas** las ‘piedras’ (de una casa) deben estar alineadas con LA PIEDRA ANGULAR. Así ocurre con un equipo, **sólo así** se forma y **sólo así** valdrá para servir a Dios.

Acto seguido, en Hechos de los Apóstoles (3, 4 & 8), vemos siete veces los nombres de Pedro y Juan en combinación, como equipo. Los vemos sirviendo fielmente, primero en Jerusalén, después en Samaria. Y Dios se glorifica a través de su ‘equipo’, en sanidad, predicación, testimonio, persecución, denuedo, oración y enseñanza. Por último, Hechos 8:25 hace ver que ‘el equipo’ no sólo vale para la ciudad. Dice Lucas que, después de ser activos en Samaria, **“anunciaron el evangelio en muchas poblaciones de los samaritanos”**.

Cristo, el Resucitado, el Segundo Hombre, declara:
**“¡Toda potestad me es dada, en el cielo y en la tierra!
 Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones...;
 y he aquí ¡Yo estoy con vosotros todos los días...!”**

(Mateo 28:18-20)



**¿Dónde está,
oh muerte,
tu aguijón?
¿Dónde, oh
sepulcro,
tu victoria?**

1ª Corintios 15:55